

**Gervasio Posadas**

**El secreto del gazpacho**

**Nuevos Tiempos Ediciones Siruela**

A mis amigos, por los que empecé  
a escribir un libro que no era éste,  
y en especial a David, Olivier, Palen,  
Juan, Illana, Paco y Javier González.

«Ordinariamente las dichas han venido sin desearse, ordinariamente las desgracias han venido sin temerse.»

Francisco Quevedo

**Gaspacho** (uso coloquial): mescolanza, confusión, batiburrillo, revoltijo.

**Ajo, sal y pimiento**  
y lo demás es cuento

# 1

Tap, tap, tap, tap. Unas molestas gotas de agua le caían por la nariz. Dentro de su cabeza sonaba aquella estúpida cancioncilla: *It's raining men, alleluia, it's raining men*. Miró hacia abajo. A pesar de lo cerrado de la noche, se adivinaba el descomunal abismo que se abría bajo sus pies. «Cuidado con las alturas», le habían dicho. Ahora aquel agujero negro sin fin era su única escapatoria. A lo lejos se vislumbraban las miles de luces de la playa de Levante, donde seguramente una multitud comía, bailaba y se emborrachaba sin importarle un pito lo que pudiera pasarle. Como en una pesadilla podía oír los golpazos que sus perseguidores propinaban a la puerta de la habitación. En unos instantes la tumbarían y todo habría acabado. Sin embargo, Rodrigo era incapaz de moverse. Se sentía hipnotizado por esa inmensa oscuridad que le esperaba con los brazos abiertos, llamándole con sus cantos de sirena, como diciendo «salta, salta que te vas a enterar de lo que es bueno». Su compañero lo zarandeó, gritándole e intentando levantarlo, pero su cuerpo no respondió. A pesar de estar empapado de pies a cabeza no sentía frío, no sentía nada de nada. Por no sentir no sentía ni miedo. Los insultos y amenazas que le llegaban desde el otro lado de la puerta eran para él el hilo musical de una escena absurda. Sólo podía pensar en qué cuerno hacía allí, en cómo se había metido en ese follón. Él tenía una vida estupenda. ¿Qué había pasado? ¿Cuándo había empezado todo aquello?

Probablemente, el origen de aquella noche negra que prometía ser la última de su vida, el polvo que había traído estos lodos que se lo iban a comer crudo, estaba en un episodio en principio banal, en una tarde de verano como otra cualquiera. Debían de ser las ocho cuando Rodrigo llegó a casa del trabajo particularmente harto. Resoplando, tiró de mala manera la chaqueta y la carpeta llena de *briefings*, *contrabriefings*, *consumer insights* y morralla publicitaria variada. Ya llevaba una buena temporada en que el rollo de la agencia en la que trabajaba le tenía aburrido, pero ese día era para enmarcarlo: le habían tirado dos campañas (una de ellas ya rodada y en posproducción), habían perdido el concurso para la adjudicación de la cuenta de un importante fabricante de coches y su presidente le había llamado al despacho para comunicarle que, por imperativos de la central de Nueva York («Ya sabes que a mí nunca se me ocurriría algo semejante, como siempre es cosa de los putos financieros»), su generoso bonus como director creativo quedaba reducido en un 33%. Para colmo de los colmos, el retrasado del director general se había presentado pegando gritos como un descosido porque no estaba lista la propuesta para la nueva película de Caja Boina, como llamaban en la agencia a aquella caja de ahorros de no se sabe qué provincia perdida de la mano de Dios. Rodrigo no tuvo más remedio que recomendarle que volviera a sus sesudos cálculos de cómo ahorrar papel en las fotocopadoras y dejara el trabajo serio a los que sabían.

«¡Menuda pandilla de capullos!», masculló entre dientes, mientras se ponía un gin tonic para bajar el sofocón. Se quitó los pantalones y se sentó en calzoncillos en una de las tumbonas de su amplia terraza a saborear el pelletazo, más bien cargado y en vaso bajo como siempre. Encendió un cigarrillo. La gran mancha de nacimiento color café con leche de su pierna derecha le picaba terriblemente. Era un claro síntoma de cabreo mayúsculo. Se rascó con saña.

La luz anaranjada del atardecer de plomo líquido iluminaba los tejados del Madrid de los Austrias. A mediodía ha-

bían caído más de 35 grados y media España estaba ardiendo como una tea con los incendios forestales veraniegos. Ahora la temperatura era sólo ligeramente más tolerable y allí arriba soplabla una brisa que parecía más salida de un secador de pelo que de la sierra.

Intentó relajarse y disfrutar del panorama mientras sorbía su copa. La vista desde la casa de Rodrigo era difícil de igualar. A la derecha el Teatro Real y detrás el Palacio. A la izquierda las torres de la Almudena, de San Pedro el Viejo y San Miguel. Con un poco de buena voluntad y obviando la presencia de siete u ocho grúas, desde allí uno podía pensar que Madrid tampoco había cambiado tanto en los últimos cuatrocientos años.

Todo muy bonito e idílico pero Rodrigo se revolvía sin tregua en su tumbona *Alice's legs* (lo último de lo último, según el *Wallpaper*, oráculo del Diseño) sin acabar de encontrar una postura cómoda. Tardó un rato en darse cuenta de que la culpa no era del diseño del aparato sino de su propio coco y tripas en ebullición. Le pegó un buen trago a su *ton-johnny*, como decía su tía Dolores, con la esperanza de ahogar la ansiedad, pero su mente seguía a doscientas mil revoluciones por minuto. Otro trago. Encendió un pitillo. No había tenido tiempo material para comer nada desde la tostada con mermelada del desayuno. El siguiente chute de ginebra empezó a cumplir su papel de sedante paliativo.

Cuarenta y tres años ya, soltero, toda la vida trabajando en publicidad, siempre corriendo para llegar a tiempo con una campaña de televisión, una página de prensa o una puta cuña de radio que al cabo de unos meses nadie recordaría. Aguantando a la mayor pléyade de pelmazos bajo las más variadas formas de clientes, jefes, subordinados y proveedores. ¿Era eso la vida? ¿Para eso había nacido? ¿Para esperar que le cayese la pedrea de los premios de Cannes y le subieran el sueldo? ¿Para que le fichase otra agencia que pagase más pero donde se encontraría con los mismos idiotas con distintas caras? ¿Qué había pasado con sus sueños de infancia de hacer algo importante? ¿No había nada más?

Se levantó con ganas de ir a mear. Había ido al cuarto de baño justo antes de salir de la agencia. Debía ser de la ansiedad porque llevaba tiempo sin noticias de aquel problemilla de próstata. En el camino se detuvo a mirar el mueble zapatero de su vestidor: escarpines para bucear, botas para pescar, zapatillas de trekking, de tenis, de futbito, náuticos. ¿Para qué coño tenía toda esa mierda? Los usaba un tiempo hasta que encontraba una nueva chorrada a la que aficionarse y quedaban allí colgados como exvotos de su inconstancia. Le parecía que durante los últimos años había luchado patéticamente por encontrar algo que le apasionase, que le hiciera sentirse vivo otra vez. Había fracasado. De vuelta en el salón se puso otra copa, algo inusual porque no solía beber mucho en casa. Cuando se sentó de nuevo estaba más tranquilo. Se quedó embobado mirando el horizonte, flotando en una nube de irrealidad.

Le invadió una profunda pesadez y un gran cansancio. Se sentía como si hubiese estado en una fiesta muy divertida en la que, cuando se había querido dar cuenta, hacía tiempo que habían quitado la música, las chicas guapas se habían ido y sólo quedaban los borrachos coñazos de siempre contándose sus batallitas. Aquello tenía toda la pinta de un final de trayecto. Había sido una fiesta por todo lo alto, lo había pasado muy bien todos esos años, pero el cachondeo había acabado y él no se había dado cuenta. O no había querido darse cuenta. Ahora podía quedarse a recoger los platos rotos o moverse en otra dirección.

Rodrigo se quedó un poco desconcertado por la claridad con que veía todo de repente. Se acabó lo que se daba, a otra cosa mariposa, *game over*, nueva partida, pero ¿qué le esperaba ahora?